

dad; esta esposa infiel y brutal, ese amo avaro y duro, aquel joven de mal génio, pendenciero; estos son indiferentes religiosos: llenas están las cárceles y presidios de indiferentes religiosos. Salid de allí, ¿qué hallareis en las más elevadas clases? ¿Indiferentes ricos, sábios y corteses, son todos, acaso, señores de sus pasiones? ¿Podrían, desde este punto de vista, sostener la comparacion con los cristianos verdaderos? Lo digo con una profunda conviccion: afirmar esto, seria abusar del lenguaje, violentar el sentido de las palabras. Convengo de buen grado, que saben dar al vicio más atractivos y gracias; pero, la elegancia exterior cubre y no destruye una fea naturaleza. Hay, sobre todo, una pasion, la más dulce y seductora de todas, á la que el paganismo erige altares, y que recibe y ha recibido siempre los homenajes de un grande número de indiferentes: no hablo de todos, hay excepciones; hablo solamente de muchos de ellos: ¿qué dicen? ¿Qué se ve en sus actos? ¿Tienen cuidado de disimular? ¿No hacen alarde de todos los sentidos que les devoran? ¿No es ese el alimento de sus discursos? No lo negarán, esto sirve á su jactancia; pero, si llegasen á negarlo, ¿no están ahí sus obras para desmentirlos? ¿Qué hay en el fondo de mil producciones suyas? Una sed hidrópica de oro y placeres. ¿No han vomitado á menudo rios de palabras igualmente impías y licenciosas? ¿No se han valido de eso como de un arma favorita, para atacar la Religion? Hay, pues, hombres y pueblos, en los que el desórden de las costumbres precede y acompaña la indiferencia religiosa. La debilidad del corazon ha suscitado adversarios al cristianismo; la debilidad del espíritu le ha hecho nacer tambien otros en las regiones comunes de la inteligencia. Hay cierto número de espíritus encerrados en una estrecha esfera, y limitados por la naturaleza, ó por su falta á cortos límites, que jamás ellos traspasan; flexibles y sumisos, incapaces de consistencia, energía y elevacion, no saben querer ni conocer por sí mismos; parecen destinados á recibir de otro su pensamiento enteramente hecho, sufren pasivamente la influencia de los que les rodean. Tales hombres forman en cada siglo una porcion cualquiera que sea del género humano. Se les ve gravitar en derredor de un amo, como satélites en derredor de un planeta, se informan de lo que él dice, copian todo; segun que se aprueba ó condena, ellos siguen la verdad ó la mentira. Ciertamente, tales hombres no pueden ser reputados como indiferentes dogmáticos; no creen nada, no afirman nada, no hacen más que repetir lo que otros afirman. Si quieren hablar de buena fé, confesarán, que jamás han comprendido en punto á la religion, y que solamente repiten ciegamente lo que otros les dicen. Merece una grande compasion, que hom-

bres, á quienes no falta una suerte de ingenio, vayan á revelar todas las frivolidades, todas las imposturas que les echan en cara, y caer en la mano del primer engañador; que, con una buena fé tan incurable y tan profunda, se dejen sorprender de no sé qué aire de autoridad, de no sé qué brillo, qué estrépito de frases: y si se pretende insinuarles, que esto no demuestra, que no se hallen en el error y el vacío, no os responden sino con ese orgullo confiado, que es el carácter propio de los espíritus pequeños y limitados. Todas las palabras de algunos escritores son para ellos un oráculo; todo incrédulo, por esto solo, es un grande hombre.

Ved, pues, cómo se valen algunos de su sencillez, para meterles en la cabeza las visiones más extravagantes. Cuando se ve en claro el fondo de su pensamiento; cuando se llega al cimiento ulterior, á la última palabra de su indiferencia, se hallan prevenciones tan ridículas, imaginaciones tan grotescas, que faltan palabras para repetir las; no se habria jamás osado preverlas, y se osaría aún ménos repetir las. Así es, como las debilidades del corazon y espíritu, han sido en muchos los motivos de la indiferencia religiosa. Esta es, pues, la primera clase de los indiferentes, los que no han podido vencer pasiones ó preocupaciones. Pero, sin duda alguna, cualquiera que sea su número, no se pretenderá, que ellos formen autoridad contra la religion. Los mismos indiferentes lo confiesan. Pasemos ahora á las causas de indiferencia religiosa compatibles con un noble carácter y un alma elevada.

2. Lo habiamos declarado desde un principio: estamos bien lejos de pensar, que no hay entre los indiferentes religiosos más que almas incapaces de vencer preocupaciones ó pasiones; concedemos, por el contrario, que cuentan en sus filas almas elevadas, nobles caracteres; pero, si se quiere reflexionar, se hallará, que en religion, acaso su autoridad no debe ser tan grave; porque hay que saber, que ciertas almas, á causa tambien de su elevacion, y por un exceso de confianza casi perdonable á la debilidad humana, se hallan en su fuerza misma más expuestas que otras, á dar contra el catolicismo un juicio prematuro, que les extravía; y que, por otra parte, muchas de ellas no han usado jamás seriamente de todas las fuerzas de su ingenio, para hacer un suficiente exámen del catolicismo.

El orgullo, enemigo del órden y de toda razon, por todas partes donde ha podido desarrollarse, ha ocasionado terribles males; de un arcángel, él hizo un réprobo; él perdió al primer hombre y su raza con él; sublevó á los Fariseos contra el hijo de Dios; y despues de esta grande victoria contra la muerte, hasta arranca todavía á los pueblos

los frutos de redencion, deslumbrando con su propia gloria los ingé-  
nios atrevidos, que son despues para otros un instrumento de seduc-  
cion. Pero jamás, acaso jamás, ese funesto autor de los desgraciados  
ejerce un imperio tan universal como en nuestros tiempos modernos;  
jamás quizá, en ninguna época, el hombre, no fué tan deslumbrado  
con su gloria, tan enorgullecido con su propia excelencia; y si el cri-  
men del paganismo fué adorar los ídolos, ¿el crimen de nuestro tiem-  
po, no sería adorar la razon? ¡ Ved cómo se postran ante ella, cómo  
se entusiasman con su época! Oid: ¿no os dicen, que el reino de la re-  
ligion espira en presencia del reino más extendido de la razon? Sim-  
bolo impotente de las naciones en su cuna, lenguaje imperfecto, que  
balbuceaban los pueblos niños... Sus creencias, las religiones, en fin,  
deben desvanecerse ante la razon más ampliamente desarrollada. Un  
dia, el hombre pensó que él era Dios; desde este momento, tuvo com-  
pasion de todos los siglos, citó todas las religiones á su tribunal, y la  
religion de Cristo, sobre todo, no fué olvidada; toda verdad cayó so-  
bre su jurisdiccion; á él le tocó determinar las creencias, rehacer la  
moral; todo esto le parecia natural, porque, á creerle, él era Dios.  
Pero, al mismo dia abandonó su ídolo, y cayó en la indiferencia reli-  
giosa. Entónces, y solamente entónces, fué fácil á todo hombre sensa-  
to, deplorar el orgullo de sus semejantes y reconocer, que el orgullo  
solo habia conducido al sepulcro sus creencias.

No es ciertamente, que pretendamos robar al hombre su legítima  
gloria; creemos en la dignidad del hombre, pagada con la sangre de  
un Dios; en las luces del hombre instruido y esclarecido por Dios;  
en la grandeza del hombre, futuro ciudadano del cielo; confesamos,  
que es permitido al hombre, sacar de esto una legítima gloria; pero,  
si se quiere, que él se atribuya á él solo todo el principio de su exce-  
lencia; si se pretende hacer de él como un rival de la divinidad; si  
se quiere entregar todas las verdades á la voluntad de su razon ca-  
prichosa, todos los deberes á la voluntad de sus pasiones, desde en-  
tónces, nos es imposible ver aquí dentro más que un sacrílego orgullo,  
fuente eterna de revuelta contra Dios, y que hace imposible para  
siempre sobre la tierra, la existencia, cualquiera que sea, de una re-  
ligion verdadera. Porque, hermanos míos, á una religion verdadera  
la son necesarias esencialmente tres cosas: dogmas de penitencia y  
de humildad; misterios; un tribunal infalible para reglar la creencia.  
La son necesarios dogmas de penitencia y de humildad, porque, si ella  
es verdadera, no dirá al hombre, que él no fué jamás culpable é im-  
perfecto; la son necesarios misterios, porque, si es verdadera, debe  
hablar justo de Dios y del sér infinito; pero, no se puede hacerlo sin

anunciar misterios. Estos, en la naturaleza, rebosan por todas partes;  
no decimos dos palabras sin enunciar un misterio; y esta palabra  
sola: *yo existo*, encierra en ella sola un profundo y riguroso miste-  
rio. La es necesario un tribunal infalible para reglar las creencias,  
porque, si ella es verdadera, es una, como la verdad; si es una, debe  
tener una regla comun, con la que todos deben conformarse; y por-  
que sería absurdo, que cualquiera debiera conformarse con una regla,  
que pudiera no ser recta, es necesario absolutamente, que ella sea  
infalible.

Tales son las condiciones primeras é indispensables de una reli-  
gion verdadera; el cristianismo, porque es verdadero, tiene dogmas  
de penitencia y de humildad, misterios, un tribunal infalible para  
fijar las creencias; y hé aquí, porque hombres hábiles de nuestros dias  
la rechazan, la repudian; no quieren sus dogmas de penitencia y de  
humildad, porque el hombre, sin duda, es bastante inocente, bastante  
rico por sí mismo. No quieren sus misterios, porque entónces habria  
cosas, que deberian creerse sin comprenderlas netamente. No quieren  
su tribunal infalible, porque las inteligencias han proclamado su  
emancipacion. La razon humana ha sido bastante feliz para obtener  
inmensos desarrollos; el ojo del ingenio ha robado á la naturaleza  
algunos secretos en sus misteriosas operaciones; el espíritu mortal  
ha medido los astros y calculado su movimiento; y el hombre, des-  
lumbrado con su gloria, ha osado declarar, que podia comprender  
todo, bastarse á sí mismo y no necesitar de Dios. ¡ Oh nobles almas!  
vosotras profanais una pasion sublime. El augusto ardor que os de-  
vora, os llamaba á Dios; ¿por qué es necesario, que nos veamos redu-  
cidos á llorar vuestros extravíos? ¡ Oh razon humana! ¿te creerías,  
pues, humillada, en doblar tu cabeza ante la razon de Dios, fuente y  
modelo de todas las ideas, de todas las inteligencias? ¿Y por qué,  
pues, tú te obstinas, en tomar como una boca humana, la que los divi-  
nos oráculos designan á la tierra como el intérprete de Dios? Se pue-  
de pues, hermanos míos, mirar como una fuente fecunda de indife-  
rencia religiosa en las más altas almas, su elevacion misma, que las  
conduce, bastante naturalmente, á concebir demasiada confianza en  
su fuerza.

Pero, hé aquí, hermanos míos, una causa más general de la indife-  
rencia religiosa en los nobles caractéres y las almas elevadas: es la  
ignorancia de la religion.

La Religion, enteramente brillante con gracias inefables, que pue-  
den dar la virtud y la verdad, no se descubre á los ojos del hombre,  
sin arrebatár su corazon como por un encanto divino.

Así, entre los que la han conocido bien, algunos han preferido morir, que separarse de ella; otros han buscado la soledad, á fin de olvidar en el desierto lo que no era la religion. En todo el curso de las edades, los ingenios más esclarecidos, no han podido contemplarla sin caer á sus piés; y es una observacion singularmente remarcable, que todos los siglos, en que el estudio de la religion ha sido honrado, se han distinguido por una creencia más grande. Jamás, en todas las épocas, un hombre, cualesquiera que pudiesen ser sus prevenciones religiosas, jamás, un hombre ha hecho seriamente el exámen del cristianismo, sin acercarse á él, al ménos, en deseo, si no completamente y en realidad.

La religion no pide más que hacerse conocer de los hombres; la es necesaria la luz; ella se complace en la publicidad, y detesta la ignorancia, porque la ignorancia ha causado todos sus males. Esta fué la que armó contra los mártires sus primeros perseguidores; ella es tambien la que asola sus filas; y este hecho, tan desgraciadamente incontestable, de una indiferencia, que se ha hecho tan general, no se explicará jamás de otro modo con una manera satisfactoria y completa.

No se sabe la religion, por haber sabido en otro tiempo algunas palabras del catecismo; lo mismo que no se sabe el derecho, por haber sabido en la infancia algunos artículos y algunas palabras del código civil; no se sabe la religion, cuando solamente se han leído algunas obras que la combaten, algunos libelos que la calumnian; lo mismo que un juez no conoce un proceso, cuando solamente ha oído las quejas de una de las partes; no se sabe la religion, cuando únicamente se saben los abusos que los malos han hecho de ella; lo mismo que no se conoce una ciudad, cuando únicamente se han visitado sus cárceles; lo mismo que no se conoce la medicina, cuando un médico ha envenenado su enfermo. Se sabe la religion, cuando se han hecho profundas reflexiones sobre las leyes de la naturaleza; cuando se han estudiado nuestros libros sagrados, las obras inmortales de la fé. Hé aquí lo que es necesario practicar para saber la religion; y es visible para todos, que muy pocos indiferentes religiosos han querido tentar esta empresa. Así ignoran el cristianismo, y esta ignorancia se deja ver en todos sus escritos y discursos. Se quedan en éxtasis, se quedan inmóviles en presencia de ciertas acersiones visibles, extravagantes, que hormigean en sus declamaciones. El dogma, la moral, se desfiguran en sus manos, en términos, que los más hábiles no pueden reconocerles; hablan de nuestro culto, de nuestros usos, como un hombre ignorante podría hablar del culto, de

los usos, de los dogmas de los Romanos antiguos; conocen, quizá mejor, las costumbres de los pueblos salvajes que las de los cristianos, que viven en medio de ellos; á menudo, vosotros les oís quejarse, que todo se angosta en las manos de los creyentes; se representan un cristiano como un hombre pequeño, amigo de las tinieblas, incapaz de soportar el resplandor de la luz y de la verdad. Pero sucede, que san Pablo, que debia conocer las cosas un poco mejor, san Pablo dice, por el contrario: «que todo lo que es amable, de buena reputacion, todo lo que es generoso, debe formar las delicias del hombre.» Otras veces se quejan, que el cristianismo es incapaz de todo perfeccionamiento, cualquiera que sea, moral y material; y, ciertamente, seria cosa extraña al primer golpe de vista, en efecto, que una religion, bajo cuya influencia se han desarrollado todas las fuerzas del ingenio humano, con una majestad anteriormente no conocida, hubiese venido á ser estéril de repente, é incapaz de mantenerse en armonía con un perfeccionamiento, cualquiera que sea. La inteligencia y el corazon: hé aquí todo el hombre; de aquí, como de una fuente sagrada, debe salir y correr á torrentes la verdad, la luz, las virtudes y la adhesion, y, por consecuencia, todos los progresos imaginables; pero, por consiguiente, todo lo que constituya la fuerza de esta inteligencia, todo lo que imprima en el corazon el principio de una grande adhesion, será precisamente lo que contenga en sí el gérmen de todos los progresos. Y bien; ¿quién osará disputar al cristianismo esta doble accion de ciencia y de virtud, de generosidad y poder sobre el corazon? ¿Hay una alta verdad de derecho y alta moral, que no se halle en sus doctrinas? ¿Hay una virtud, un acto de generosidad ó compasion, que el cristianismo no haya animado con su enseñanza? ¿No se apodera del hombre entero, sublevando con un increíble poder, no solamente la fuerza de la inteligencia, sino tambien la energía del corazon?

Cristianos, hemos, pues, llenado nuestra tarea, con respecto á los indiferentes; no hemos contado su número, pero, solamente hemos mirado su fuerza y su autoridad moral: tenemos derecho á decirles: Aunque fueseis más numerosos, vuestra opinion nada vale. Un testigo que declara sin conocimiento en causa, no es escuchado. Pero, entre vosotros, muchos no conocen la religion, que su palabra ataca. Un testigo que declara bajo vagos rumores, no es escuchado; pero, muchos, entre vosotros, solamente repiten ciegamente lo que otros les dicen. Un testigo que no es desinteresado en un negocio, es recusado; pero, muchos, entre vosotros, no son desinteresados contra la religion; tienen pasiones y preocupaciones que defender contra ella;

vosotros deberiais producir testigos numerosos, esclarecidos, desinteresados, y no lo haceis. Olvidaos de las pasiones y del orgullo, y caereis al pié de la cruz de Jesucristo, y proclamareis su gloria. Y vosotros, cristianos, permaneced siempre con la cabeza erguida en ese camino del cristianismo, el solo que puede conducir al cielo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

INDIFERENCIA.—Los que son indiferentes por falta de devocion, deben temer, que su indiferencia se convierta en endurecimiento.

Los que son indiferentes por un espíritu de resignacion, deben esperar el triunfo en sus persecuciones.

INDIFERENCIA.—La indiferencia por las gracias de Jesucristo manifiesta nuestra ceguedad.

La indiferencia por los intereses de nuestro prójimo manifiesta nuestra insensibilidad.

La indiferencia por nuestra salvacion manifiesta nuestra locura.

ÍNDOLE; véase: GÉNIÓ.

## INDULGENCIAS.

### I.

*Quæcumque solveritis super terram,  
erunt soluta et in cælis.*

Todo lo que desatareis sobre la tierra,  
será eso mismo desatado en el cielo.

(MATTH. XVIII, 18.)

Jesucristo concedió á los apóstoles y á sus sucesores el poder, que la Iglesia llama *de los llaves*, esto es, el poder de abrir ó cerrar á los hombres las puertas del cielo, absolviéndolos de sus culpas, ó reteniéndolas. El ejercicio de este poder no se limita á la administracion del sacramento de la penitencia, sino que, aún fuera de este sa-

ramento, si bien contando con él, alcanza á remover los obstáculos que puedan impedirnos la entrada en el cielo; y despues de perdonar nuestros pecados, en cuanto á la culpa, puede la Iglesia perdonarlos, en cuanto á la pena que por ellos merecemos. Casi siempre le queda al pecador una pena temporal que expiar, despues de habersele perdonado, por medio de la absolucion sacramental, sus culpas y la pena eterna. A la satisfaccion de esta pena temporal tienden las indulgencias que nos concede la Iglesia. Los protestantes, y ántes de ellos algunos otros herejes, han pretendido atacar la aplicacion de las indulgencias, que la Iglesia hace con los más plausibles motivos. Desfigurando el significado que la Iglesia da á esa palabra, se empeñan en introducir la confusion en la mente de los fieles; y rebajando los motivos, intentan reducir á una especulacion mercantil la aplicacion de un poder, que es tan consolador para los pecadores.

Siendo tan importante esta materia, me propongo hoy manifestaros la grandísima utilidad, que de la concesion de las indulgencias nos resulta, y procuraré, además, desvanecer el error ó la ignorancia de los que las combaten. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La indulgencia, segun la doctrina católica, no es más que la remision parcial ó total de la pena temporal que debemos por nuestros pecados, despues de habérsenos perdonado, en cuanto á la culpa y á la pena eterna; pena temporal, digo, que, en esta vida, ó en la otra, es indispensable pagarla y expiarla, ántes de entrar en el reino de los cielos. Dios, al perdonarnos el pecado, no perdona siempre toda la pena que por él merecemos. A David le dijo el profeta Natan, que su culpa estaba perdonada; pero, que en castigo de la misma, debia verse privado del hijo, que era fruto de su delito. Moisés y Aaron se hicieron culpables, por haber sido en cosa leve infieles á las órdenes de Dios; y si bien el Señor les perdonó esta falta, en castigo de la misma, los privó, empero, de entrar en la tierra de promision, que era el objeto de todo su anhelo.

Todos los santos Padres enseñan unánimemente esta doctrina, que todos, en algun modo, llevamos grabada en la conciencia, y que es como un sentimiento natural, inseparable de la humana naturaleza. Cuando nos sobreviene una desgracia, decimos como los hermanos de José: *Merito hæc patimur*; bien merecemos por nuestros pecados los males que nos afligen. Si el hambre, si la peste, si la enfermedad, si la pobreza, si las tribulaciones nos afligen, las consideramos como un castigo de nuestras culpas, aún en los momentos en que nuestra conciencia no nos acusa de estar en pecado.